

–Pues yo no sé de dónde vienes tú, en este país se entra por delante, ya lo sabes. Y ahora, sales y vuelves a entrar por delante.

**gesto:** señal hecha con el cuerpo.

Salí, pero no volví a entrar. Le hice un **gesto** que seguramente no entendió y me fui corriendo. Estaba harto, y no sólo porque no entendía cuándo es *tú* y cuándo *usted*. Mi furia y mi desorientación crecían más y más. En mi cabeza resonaban las palabras del conductor, “*en este país*”. Pensé que yo era también de este país, ¿por qué me trataba así? Todos los españoles eran unos maleducados y unos **groseros**. Pensaba que estaba en un país lleno de enemigos. Quería irme.

**groseros:** sin educación, vulgares.

Pero no me fui, porque la ciudad tenía algo más que la gente maleducada. Me gustaban las calles estrechas y zigzagueantes, las iglesias y los palacios, las flores en los patios de vecinos donde las mujeres salen con sus sillas a conversar, la gente que se acumula en la puerta de los bares bajo los naranjos, los atardeceres sobre el río, las noches animadas. No me daba cuenta, pero eran detalles que estaban formando una sutil tela de araña que me atrapaba.

## 2

La ciudad. ¿Cómo encontrar a mi padre en este laberinto de calles desordenadas y de gente habladora?

La pensión estaba en el centro, cerca de la Puerta de la Carne, en un callejón oscuro que hace mucho perteneció a un judío rico de la ciudad, antes de la expulsión definitiva de 1492.

Salgo de la pensión y doblo a la derecha en la calle Santa María la Blanca, sigo todo recto hasta el cruce llamado Cabeza del rey don Pedro, de ahí a la derecha la calle Águilas me lleva a la plaza de la Alfalfa, donde los domingos hay venta de animales. Desde aquí toda la zona es **peatonal**. Sigo recto por la pequeña calle que baja hasta la plaza del Pan y termina en la del Salvador, dejando a la izquierda el patio de esa iglesia que fue gran mezquita con los árabes. A la derecha está la calle Cuna, que no me interesa, así que sigo todo recto hasta Sierpes, la calle más famosa de la ciudad. En Sierpes, doblo a la izquierda y al final está el Ayuntamiento de dos estilos, barroco por un lado, neoclásico por el otro. Al fondo, veo la Torre. Cuántas veces he hecho ese recorrido. La primera vez me perdí varias veces, en la plaza del Pan tomé a la derecha (en la esquina está el famoso café Europa, donde se reunían los escritores a principios de siglo), y me metí por la calle de Siete Revueltas, que en efecto tiene siete esquinas, hasta Puente y Pellón, que está llena de tiendas, donde doblé a la derecha y llegué a una animada

**peatonal:** sin coches.

**confitería:** tienda en la que se venden pasteles y dulces.

**azulejos:** placas de cerámica decorada que adornan las paredes o suelos.

**murmurar:** hablar en voz baja; aquí, comentar en secreto sobre otra persona.

plaza con grandes árboles y llena de autobuses. Bajé a la izquierda por la calle Imagen hasta la Campana, donde hay una buena **confitería**, y empiezo a la izquierda Sierpes, pero otra vez me perdí porque doblé a la derecha por la calle Amor de Dios, definitivamente desviado de mi destino, para llegar, todo recto, hasta la Alameda de Hércules, donde creo haber estado antes, pero no sé cuándo, si ese día u otro. Y así siempre, una calle tras otra, una plazuela tras otra, recorriendo itinerarios ya conocidos, repitiendo errores, descubriendo cada vez nuevos detalles, nuevas luces, nuevos reflejos. Y aquí una fuente, y allí un patio, y más lejos un bar con **azulejos** en las paredes y una barra de madera donde tomarse un vino y unas tapas cuando el sol se pone.

Lo de los bares es otro misterio. Por ejemplo, no comprendo cómo los camareros pueden recordar listas tan largas de tapas, ni cómo la gente pasa tanto tiempo *de copas*, como he aprendido a decir: ¿no trabajan nunca?, ¿no descansan nunca?, ¿cuánto dinero gastan en los bares?, ¿cuándo estudian sus estudiantes?, ¿cuándo resuelven sus problemas políticos y económicos? Son preguntas que no les importan, y que yo ya no me hago.

A veces volvía a la pensión después de estar horas y horas dando vueltas por las calles. Debía de tener aspecto de cansado, porque la señora Azucena muchas veces intentó acercarse y decirme algo. **Murmuraban** a mis espaldas ella y su esposo, un tal Paco, que nunca hacía nada, que pasaba el día escuchando la radio y mirando la televisión.

—Mira, ahí viene el ruso— decía ella.

—No le digas nada, nunca se sabe.

—Paco, por favor, ¿no ves que está muy solo? —y entonces me hablaba más alto— Oye, Manolo, ¿quieres tomarte algo con nosotros?

—No, gracias.

—¿Lo ves? No le digas nada, es un ruso desagradecido.

Los escuchaba a pesar del ruido ensordecedor de los pájaros, mientras subía las escaleras, y volvía a pensar que hacía algo mal, pero no sabía qué decía, o qué no decía. Poco a poco me acostumbraba a esa sensación de ser y no ser de aquí, de no ser ruso, pero tampoco español.

Así pasé los primeros días, buscando entre estas gentes el rostro de mi padre, con su foto en la mano: Avenida de la Constitución esquina Alemanes, Plaza Virgen de los Reyes, por Mateos Gago entre callejas hasta la Plaza de las Tres Cruces en medio del Barrio de Santa Cruz, pasando cerca de la estatua de don Juan o junto a la casa de Murillo, callejón del Agua por detrás de los Reales Alcázares y otra vez perdido y sin saber cómo de nuevo en la calle Mateos Gago y de nuevo la Torre, la Torre siempre presente, visible siempre desde cualquier esquina, con su veleta giratoria y su luz siempre distinta. Pero allí no estaba mi padre, los ojos grises de la mirada triste que me había dicho mi madre, la imagen de la foto medio borrada que llevaba en la mano.

Entonces se me ocurrió otro método.

Mi apellido es Casares Alba. Como todos los españoles, tengo dos, uno por mi padre y otro por mi madre. ¿Dónde encontrar información sobre ese apellido? Fui a preguntar al Ayuntamiento, en la Plaza Nueva. De ahí me mandaron al Registro Civil, pero cuando por fin lo encontré, estaba cerrado. Volví al día siguiente muy temprano: el funcionario estaba desayunando en un café y no sabían a qué hora volvía. Esperé dos horas y al final, cansado, me marché. Al día siguiente era fiesta, una fiesta religiosa, no recuerdo cuál. El viernes por fin pude hablar con el funcionario.

–Buenos días.

–Buenos días. Perdona, pero no puedo atenderle ahora. Tengo una reunión con el alcalde, ¿podría volver mañana?

–Por favor, llevo cinco días intentando hablar con usted, es imposible localizarlo.

–Cálmese, hombre, y tenga paciencia. Vuelva mañana y le atenderé.

–Pero mañana es...

Se fue sin dejarme hablar. La secretaria, una chica rubia con gafas sentada en otra mesa, cerca de la ventana, hizo un gesto de disculpa. Se levantó y se acercó al mostrador.

–¿Siempre es así?

–Normalmente sí. Dime, qué estás buscando.

–¿Por qué me tutea?

–Bueno, tampoco eres tan viejo, ¿no?

–Eso de *usted*, ¿tiene que ver con la edad?

–¿Qué pregunta!, pues claro.

–Estoy buscando a un hombre llamado Manuel Casares.

–¿Conoces el segundo apellido?

–No.

–¿Has intentado encontrarlo en el listín telefónico?

–¿En el qué?

La chica sacó de un armario un enorme libro de páginas grises.

–Aquí, Casares, pero Casares ¿qué?, mira, Casares Castaño, Casares Cornelló, Casares Espinosa, Casares Guerra, Casares Martín...

–No sé, la verdad.

–¿Y tienes la dirección?

–Pues no.

–¿Quién es esa persona?

–¿A ti qué te importa?

–No te pongas así, por favor, es sólo por ayudar.

–Era mi padre.

–¿Está muerto?

–No lo sé.

–¿Cómo que no lo sabes?

–Es así, y basta.

–¿No tienes una foto suya?

–Sí, ésta, mira.

–Uf, aquí no se ve nada, parece de antes de la guerra. Tú, ¿de dónde vienes?

–Nací en Bielorrusia, en Minsk.

–¡Ah! Entonces eres ruso.

–¡No! Es decir, sí, bueno, no lo sé. Mira, este hombre es mi padre, pero yo no lo conozco y por eso lo busco. Mis padres fueron a Rusia durante esa guerra de la que hablabas.

–Y ahora viven en España y quieres encontrarlos.

–Mi madre ha muerto, mi padre nos abandonó cuando yo nací.

–Vaya, lo siento. Pero es que tu historia parece un **culebrón**.

–¿Un qué?

–Sí, hombre, una telenovela.

–¿Qué es eso?

–Déjalo, no importa. A ver, ¿qué más datos tienes de tu padre?

–Ninguno más.

–Pues **lo tienes claro**, hijo, con esa información poco podemos hacer.

–Yo no soy tu hijo.

–Vale, es una forma de hablar. Eres súper susceptible, ¿eh?

–Sí, perdona, es que estoy un poco nervioso.

–Mira, ven el lunes. Yo voy a hablar con el Sr. Castaño, a ver qué se le ocurre. Mientras tanto, pue-

des ir a la radio o a la televisión y hablar con algún periodista.

–¡Eso sí es una tontería!

–No, hombre, hay programas que se ocupan de buscar a gente desaparecida. Hay uno, espera, no me acuerdo cómo se llama...

Dejó el Registro con un enorme sentimiento de frustración. Cada vez que intentaba explicar algo, sólo encontraba malos entendidos. Y ahora, la idea de la televisión. ¿Cómo llegar hasta allí?, ¿dónde está la televisión?, ¿con quién hablar? Quería seguir buscando y no sabía qué hacer. Entonces tomó una decisión extraña: en vez de continuar la búsqueda, decidí irme a un bar a tomar un vino y unas **tapas**. Calle Mateos Gago, bar las Columnas, una caña y una de **chipirones**. Gente por todas partes, ruido de vasos, voces, **jaleo**. Necesitaba un poco de silencio, así que salí a la calle con el plato tapando el vaso. Me senté en la acera y hundí la cabeza entre las rodillas.

–¿Qué te pasa ahora?

La voz me sonaba conocida. Levanté la cara.

–Estoy harto, no sé por dónde seguir.

–¿No has ido a la televisión?

–¿Para qué?

–Nunca se sabe, hay que intentarlo todo. No hay que desanimarse. Mira, que te voy a presentar a unos amigos. Éste es Roberto y ésta, Remedios.

–Hola.

**culebrón:** serie de televisión de muchos capítulos y de argumento complicado.

**lo tienes claro:** expresión irónica utilizada cuando se presenta algo imposible

**tapas:** pequeña cantidad de alimento que se sirve con la bebida.

**chipirones:** pequeño calamar, usado como tapa.

**jaleo:** ruido formado por voces o sonidos diversos.

**esaborío:** sin sabor; expresión andaluza referida a una persona sin gracia ni alegría.

**meterse con:** atacar con palabras, sin mucha gravedad.

–Hola, ¿qué tal?

–Oye, ¿a ti qué te pasa? ¿Tú no das dos besos cuando te presentan a una chica?

–¿Yo? ¿Y por qué?

–Ay, hijo, ¡qué **esaborío!**

–Dejadle tranquilo, que es ruso.

–Pues habla muy bien español.

–Porque no soy ruso, soy español, como tú y tú.

–Como nosotros no, que no besas a las chicas cuando te las presentan.

–¿Y por qué tengo que besarlas?

–¡Qué tío más raro! Habla perfectamente español y no sabe saludar. ¿Cómo has aprendido el español?

–Ya está bien, ¿vale?, **no os metáis más con él.**

–Mi madre y yo hablábamos siempre en español. Mi madre era española.

–Y ¿qué hacía en Rusia?

–Cuando era pequeña, durante la guerra civil, la enviaron con otros niños a Rusia para salvarlos de los fascistas.

–¿Qué historia!

–Y tú y tú, ¿qué sabes tú y tú de la Guerra?

–¿Por qué dices eso de “tú y tú”?

–Bueno, no sé., no sé cómo se dice.

–Se dice “*vosotros*”.

–Bueno, pues ¿qué sabes vosotros?

–No: qué sabéis, qué sabéis vosotros.

–Vale, pues eso.

–Nosotros, casi nada. Nuestros padres hablan a veces, pero a nosotros no nos interesa.

–Yo recuerdo que mi madre me decía cuando no quería comer: “Ya verás cuando venga la guerra”, pero la guerra nunca vino. Nos asustaban con esas historias. Porque nuestros padres lo pasaron muy mal, sobre todo después de la guerra, no había nada para comer y España estaba muy aislada del exterior. Lo llaman “*los años del hambre*”. Había cartillas de racionamiento y las colas eran muy largas. La dictadura fue muy cruel, no había libertad de prensa, ni para viajar, la gente no podía tener pasaporte, no podían reunirse ni había partidos políticos.

–A mí no me importa todo ese rollo. Yo creo que es agua pasada, nadie se acuerda de la Guerra, a nadie le importa ya, es cosa de viejos.

–Yo no estoy de acuerdo, Roberto, todavía hay muchos fachas metidos en política y en posiciones de poder. Además, es parte de la historia de este país.

–¡Bah! Ya no es lo mismo, incluso yo he votado al PP.

–Porque tu familia es facha, todo el mundo lo sabe.

–¿Qué significa *facha*?

–Pues fascista, los de Franco y todo eso.

–No tienes ni idea de lo que sucede en este país, Roberto.

–¡Ah! Y tú, Reme, sí la tienes.

–Pues claro.

–No entiendo de qué hablas vosotros ahora.

–No, hablas no: habláis.

–Bueno, eso, habláis, habláis de una época de hambre y de colas, pero yo me acuerdo de lo mismo en Rusia hace no muchos años. Yo he vivido eso mismo en mi país: en Rusia tampoco había partidos políticos y los periódicos estaban muy controlados. Mi madre nunca tuvo pasaporte, y he conocido a algunas personas que han ido a la cárcel por sus comentarios y que los han torturado. Mucha gente odia a los comunistas porque no se podía salir del país y controlan la economía y la política.

–Aquí es diferente, a los comunistas los fusilaron, los metieron en campos de concentración o los expulsaron. Muchos fueron al exilio. En cierta forma se convirtieron en víctimas.

–Sí, y ahora son héroes, ¡no te jode!

–Qué quieres decir, Roberto.

–Yo creo que muchos de esos que se llaman comunistas, se aprovechan de la situación actual y viven de toda la historia del exilio y la dictadura; yo recuerdo cuando vivía Franco y no estaba tan mal.

–Roberto, que tenías 6 años; no compares, por favor, que no te dabas cuenta de nada.

–Bueno, basta de rollos. Anda, deja a esos, que aunque son novios, siempre están discutiendo de política. Vente conmigo. **Ala**, hasta luego. Oye, y tú ¿cómo te llamas?

–¿Yo? Manuel, como mi padre. ¿Y tú?

–Yo, Macarena, encantada.

–Bueno, pues te doy un beso.

–No, hijo, ahora ya es tarde.

Yo pensaba que todas las españolas son morenas y de ojos negros, pero Macarena es una chica rubia de ojos azules que cuando trabaja usa gafas, pero en la calle se las quita porque es muy coqueta. En el Registro Civil está haciendo el último año de prácticas de sus estudios de Derecho en la Universidad. No es muy alta, es simpática, bastante inteligente, **mandona** y generosa. Le gusta mucho su ciudad, no tiene ganas de viajar, por eso, dice ella, sólo habla español. Me ha ayudado mucho, me ha explicado cosas sobre la ciudad, sobre las costumbres, sobre las palabras. Por ejemplo, me dijo qué es un *culebrón* y qué significan exactamente *facha*, *rollo*, y muchas otras palabras. Entre bares y monumentos, pasamos todo aquel fin de semana juntos. Caminamos y hablamos mucho. Le conté mi vida en Bielorrusia con mi madre, cómo murió y cómo llegué hasta aquí, lo del restaurante y otras confusiones, y ella me explicó en qué me había equivocado. Me contó muchas otras cosas sobre la ciudad: qué son bares, tascas, chiringuitos, tabernas, bodegas y puestos de pescadito frito, y visitamos algunos: bares de nombres curiosos como “*En la espera te esquina*” o el “*Lamentable*”, uno muy pequeño, “*Los Pajaritos*”, otro donde antes vendían carbón y ahora hay conciertos de flamenco y recitales de poesía, “*La Carbonería*”, el “*Café Placentines*” con su decoración de terciopelo, el bar

**mandona:** que le gusta mandar.

**romance:** poesía narrativa tradicional española.

**retablo:** conjunto de esculturas que se encuentra tras el altar en una iglesia.

“Las Teresas”, uno de los más antiguos, o la bodega “Juan García Aguilar”, donde se puede probar el vino de naranja, y muchísimos más. Además aprendí a distinguir entre fino, amontillado y mistela y supe qué es el adobo, el aliño, las pavías, el menudo y la pringá. Pero también me mostró palacios, iglesias, torres, plazas y rincones típicos. Cada calle tiene una anécdota, cada casa un **romance** o una traición. Me habló de reyes como Al-Mutamid, que era rey y poeta, y de otro llamado Pedro el Cruel, que perseguía a las mujeres ricas y bellas para escándalo de la sociedad (una de ellas se quemó la cara para evitar a un rey tan insistente como el don Juan de la historia, que también era de esta ciudad), pero que construyó los Alcázares, el palacio más impresionante que he visto. Pasamos por la Universidad donde ella estudia, el antiguo edificio de la fábrica de Tabacos, con su aspecto de fortaleza, donde debió de trabajar la famosa Carmen. Me habló de los Siglos de Oro y de Plata, del mudéjar, del regionalismo, del gótico y del renacimiento, y me enseñó patios llenos de misterio, rincones escondidos y plazas secretas, como la Plaza de Santa Ana. Todo estaba lleno del olor de los naranjos y de gente animada. El domingo visitamos muchas iglesias porque estábamos cerca de las fiestas y se preparaban los pasos. Recuerdo sobre todo los **retablos** barrocos, impregnados del olor del incienso, recargados de esculturas de madera pintadas de oro: santos y vírgenes entre columnas decoradas con hojas, ángeles y escudos llenando hasta el último milímetro cuadrado de superficie, una mezcla de pasión

religiosa y exaltación artística que no había visto nunca y que me pareció muy típica de esta ciudad. Y en especial, la Torre, esa Torre mágica que una y otra vez encontrábamos llegando desde direcciones diferentes. Yo pensaba que había muchos siglos bajo estas piedras, y que para mí, una persona sin pasado, era curioso y excitante caminar sobre tanta Historia.

El lunes volví, no demasiado temprano, al Registro. El Sr. Castaño no es un tipo muy amable. Siempre va vestido de marrón, como una hoja seca. Habla muy despacio y con un acento diferente al de Macarena, pronuncia la c y todas las eses. Su barriga le **impide** acercarse a menos de veinte centímetros del mostrador, suda mucho y todo el tiempo se limpia las gafas con un pañuelo azul oscuro que saca del bolsillo interior de la chaqueta. El Sr. Castaño huele a tabaco por los cuatro costados. Macarena me ha dicho que vive solo y que tiene un único amigo: su “perro salchicha”, como ella dijo. Yo me lo imaginaba caminando de mal humor por el paseo de Colón, junto al río, con su perro y su soledad. Es la memoria de esta ciudad, ha trabajado en ese puesto durante mucho tiempo, conoce perfectamente a la gente y tiene relaciones muy influyentes. Recuerdo ahora aquel segundo encuentro.

–No, lo siento, no puedo ayudarle.

–Pero usted me dijo ayer que...

–Lo siento mucho, me es completamente imposible.

–Pero ¿por qué?

**impedir:** no dejar que algo suceda.

–Le repito que no es posible, y ahora, déjeme seguir con mi trabajo. Buenos días.

Esperé a Macarena después del trabajo. Nos fuimos al bar San Eloy y pedimos unas tapas de espinacas con garbanzos y unas cañas.

–Es súper raro, es la primera vez que responde de esa manera.

–¿Tú le explicaste lo que quiero?

–Sí, claro.

–Y, ¿cómo reaccionó?

–¿Qué quieres decir?

–¿Hizo algún comentario?

–Bueno, no, pero parecía muy sorprendido, un poco asustado.

Lo que Macarena me contó me hizo pensar. Un hombre que trabaja en su puesto conoce quién vive en la ciudad, mejor que el redactor del listín telefónico.

–Oye, Macarena, ¿tú sabes dónde vive el Sr. Castaño?

–No sé, creo que en la Avenida de la Palmera.

–¿Y dónde está?

–Es una parte muy bonita de la ciudad, donde se organizó la exposición del año 29, está lleno de antiguos pabellones...

–Pero, ¿cuántas exposiciones ha habido aquí?

–Bueno, dos, la del año 29 y la de hace dos años.

–¿Qué tipo de gente vive en la avenida de la Palmera?

–Gente bastante rica, en general.

–Pues el Sr. Castaño no parece tener demasiado dinero. Bueno, dime, ¿qué podemos hacer ahora?

–¿Has pensado en lo de la televisión?

–Creo que es una buena idea. ¿Quieres acompañarme mañana?

–Vale, mañana no trabajo. ¿A qué hora quedamos?

–¿Qué tal a las once, delante de la catedral?

A las doce menos cuarto, apareció Macarena, con un aspecto muy tranquilo.

–Macarena, dime, ¿sabes qué hora es?

–Pues no.

–¿Tú crees que debería enfadarme?

–¿Por qué?

–Porque has llegado tres cuartos de hora tarde.

–Hmmm, ¡qué va!, aquí es normal, todo el mundo llega tarde.

–Sí, todo el mundo llega tarde. Hay que acostumbrarse. En fin, venga, vamos.

El edificio de la emisora de televisión está fuera de la ciudad, en una pequeña montaña que aquí llaman *alcor*. Tomamos un autobús rojo con todas las ventanas abiertas y poca gente hablando a gritos sobre las próximas fiestas, los culebrones de moda y los últimos chistes. Tardamos media hora en llegar. El edificio es moderno y desde allí se divisa

¡qué va!: negación fuerte.



toda la ciudad.

–Queríamos hablar con Palomo Linares, el director del programa *A la búsqueda*.

–**Esperar** un momento, creo que está en el estudio 6 grabando un programa.

El estudio 6 estaba lleno de gente, de luces y de mucho ruido. Había seis o siete cámaras, un escenario de colores **chillones**, y en el centro un hombre con el pelo muy brillante peinado hacia atrás y vestido con una elegancia artificial.

–¿El Sr. Palomo Linares?

–El mismo, ¿qué queréis?

Macarena le contó la historia. El hombre no parecía muy impresionado, su mirada era fría y distante y no hizo ningún gesto de sorpresa. Yo tuve la impresión de que él ya conocía la historia.

–Lo siento, pero no os puedo ayudar.

–Pero, ¿por qué no? Es una historia fantástica para su programa.

–Lo siento, pero la guerra civil ya no es un tema de moda.

–¿Cómo que la guerra civil! Es un chico que viene desde Rusia a buscar a su padre. ¿No le parece una historia excepcional?

–Gente que busca a gente, pasa todos los días. No, lo siento pero no. Y ahora, perdonarme, tengo que seguir trabajando.

–¡No nos puede dejar así!

–Mira, chica, tu historia no me interesa, esa

historia no vende, definitivamente no.

–Usted no tiene escrúpulos, sólo le interesa vender su programa.

–Por supuesto, **chata**. Ala, adiós.

Esa vez era Macarena quien literalmente se subía por las paredes.

–¡Habrase visto! ¡Qué **cabronazo engominado**!

–Macarena, tengo muchas cosas que preguntarte; tranquilízate, por favor.

–¿Cómo voy a tranquilizarme! ¿Tú has visto cómo nos ha tratado?

–Escúchame, no tiene sentido. Vamos a tomar unas tapas.

–Tú lo arreglas todo tomando tapas.

–Es un método que he aprendido aquí. Venga, vamos.

Macarena me explicó qué significa *chata* y qué significa *cabronazo engominado*, y por qué ella hablaba de usted y él de tú. Yo le dije que aquella reacción no me sorprendía, que empezaba a sospechar algo extraño. La confirmación vino aquella misma noche.

Estaba anocheciendo. No tuve que esperar demasiado. Escondido en un bar cercano, vi al Sr. Castaño salir, pero no tomó la dirección de su casa. Lo seguí entre calles preparadas con sillas y **ornamentos** para las próximas fiestas, en la plaza del Duque subió por Imagen hasta la plaza de la Encarnación y luego todo recto hasta la plaza del Cristo de Burgos, donde hay unos fantásticos **ficus**.

**chata**: de nariz pequeña; coloquialmente, se usa como “guapa”.

**cabronazo**: aumento de “cabrón”, insulto muy fuerte.

**engominado**: que usa gomina, gel para mantener el peinado en orden.

**ornamentos**: adornos.

**ficus**: tipo de planta.

Se metió por una calle retorcida y por fin, en la calle Cervantes, entró en un enorme palacio, señorial, antiguo y oscuro. Pensé esperarle cuando me di cuenta de que en uno de los coches había una pegatina que me era conocida:

T A  
Televisión Autonómica,  
programa *A la búsqueda*.

Pensé inmediatamente en Palomo Linares. Quizá era sólo una coincidencia, tenía que comentarlo con alguien. Llamé a Macarena y quedamos en el *Rinconcillo*, un bar cercano. Me gusta porque es el más antiguo de la ciudad, abierto desde 1670, tiene una vieja barra de madera, los estantes con botellas son del siglo pasado y sus paredes están revestidas de azulejos con publicidad de antes de la guerra.

—¿Qué quieres?

—No sé, una caña.

—Pónganos dos cañas y unas aceitunas.

—¿Queréis unas tapas?

El camarero me miraba de una forma extraña.

—No, gracias.

—¿Qué has descubierto?

—No lo sé. El Sr. Castaño no ha vuelto a su casa sino a un palacio de la calle Cervantes.

—Qué extraño.

—Sí, lo más extraño...lo más extraño...Tengo la sensación de que nadie quiere ayudarme.

—Hombre, gracias.

—No, tonta, no lo digo por ti.

El camarero seguía allí, intentando escuchar la conversación.

—Oye, perdona la interrupción, yo creo que te conozco.

—Ah, sí, y ¿de qué me conoce?

—No lo sé, tu cara me suena.

—Vale, será del cine. Oye, Macarena, vamos a otro lado.

—¿Qué te pasa? Te estás volviendo neurótico.

—Sí, perdona. Estoy un poco nervioso.

De nuevo el camarero nos interrumpió.

—Oye, mira, es que yo te he visto antes.

¿Puedes decirme cómo te llamas?

—¿Yo? Pues claro que no. Venga, Macarena, vámonos.

Fuera del bar, ella me dio la razón.

—Sí, oye, qué pesado el camarero, ¿no?

—¿Qué significa *pesado*?